

JUAN J. LOPEZ IBOR

LOS ESTUDIANTES,  
POR  
DENTRO

SINDICATO ESPAÑOL UNIVERSITARIO DEL D. U. DE MADRID



JUAN J. LOPEZ IBOR

*Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad de Madrid, el 1 de marzo de 1969, con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino, por el Prof. Juan José López Ibor, Catedrático de la Universidad.*

LOS ESTUDIANTES, POR DENTRO

# LOS ESTUDIANTES, POR DENTRO

SINDICATO ESPAÑOL UNIVERSITARIO DEL D. U. DE MADRID

JUAN J. LÓPEZ IBOR

LOS ESTUDIANTES  
POR  
DENTRO

SINDICATO ESPAÑOL UNIVERSITARIO D. U. DE MADRID

Ayuntamiento de Madrid

---

*Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad de Madrid, el 5 de marzo de 1960, con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino, por el Prof. Juan José López Ibor, Catedrático de la Universidad.*

## I

### LOS ESTUDIANTES, POR DENTRO

Quizás parezca audaz que alguien hable de los estudiantes sin serlo ya; pero los estudiantes que me lean no deben olvidar que, en verdad, estudiante no deja uno nunca de serlo y que, precisamente, esa continuidad constituye uno de los arbotantes más firmes de la vida universitaria. Continuidad que está dada, por la actitud que el auténtico estudiante, sea cualquiera su edad y su saber, toma ante el problema de la verdad. Por otra parte, para ver con cierta objetividad un hecho, aunque sea psicológico, conviene distanciarse de él. Con esa perspectiva de la distancia quisiera dibujar en esta ocasión, desde mi punto de vista, parcial e insuficiente, como mío, la actual vida del estudiante universitario.

También a la Universidad, como a tantas cosas, hay que desmitificarla. El hombre de ciencia moderno—universitario casi siempre—ha entrado a hachazos y ha desmitificado o intentado desmitificar muchas creencias religiosas y muchas instituciones históricas que se apoyaban en tradiciones centenarias. Pues bien, también a él le ha llegado la hora: es necesario desmitificar la ciencia. La ciencia ha secularizado el mundo, pero se ha alzado con la herencia de la creencia que destruyó. Por eso, como luego veremos, la ciencia, y su hijastra la técnica, se han convertido en un saber de salvación. A ellas apela el hombre contemporáneo en su angus-

---

tia. El estremecimiento se instala cuando a la apelación se responde con el silencio.

Una larga tradición ha permitido a la Universidad vivir envuelta en una aureola de prestigio histórico que impide ver su propia realidad. No hablo en esta ocasión de la Universidad española, sino, en general, de la Universidad como institución en el mundo contemporáneo. La primera cuestión que surge cuando nos situamos en esta perspectiva es la de saber si la Universidad, tal como está concebida, se halla a nivel de los tiempos. La pregunta se la hacen en muchas partes: cuando el primer "Sputnik" comenzó a poblar el silencio de los espacios infinitos—aquél silencio que estremecía a Pascal y en el cual oía la voz de Dios—, los americanos, con su nerviosidad al borde de la explosión histórica, se preguntaron si sus altas instituciones educativas—Universidades, Escuelas Técnicas—no estaban fracasando en la preparación del número y calidad del producto que los tiempos necesitan: el técnico. El almirante Rickover, el constructor del "Nautilus", dice en un artículo reciente: "Soy un cliente de los productos de nuestras instituciones universitarias y trato de encontrar gentes que me ayuden a desarrollar la potencia nuclear... Pero encuentro el producto de nuestras escuelas totalmente insuficiente....".

¡Qué lejos estamos de la tradicional concepción de la Universidad como escuela del saber y templo de la verdad! Se desea una institución que sirva y alimente al poder. Sin quererlo, ya nos estamos dando de bruces con una de las grandes premisas de la vida universitaria actual: la relación entre el poder y la verdad. Porque resulta ahora, tras tanta exaltación de las verdades científicas como si fueran verdades religiosas, que la verdad que se busca es la que da poder. No hablo sólo del poder político. La verdad que se busca en los laboratorios médicos es la que da poder al médico sobre los enfermos. El problema de la verdad en la hora actual está embebido en el del poder en todas las partes del mundo. He aquí, pues, un mito que se está derrumbando: el de la Universidad como templo en el que

---

la verdad se busca libremente. Queda, claro es, esta aspiración como lema de la vida universitaria y en pro de ella se batalla en muchas partes. Sin embargo, cada vez más, por los propios principios constitutivos del mundo moderno, la verdad que se busca es la verdad operante de la técnica. Es la verdad eficaz en cualquier campo que se cultive. Lo malo es que la eficacia no es criterio de verdad. Los médicos, por ejemplo, saben muy bien cuántos medicamentos eficaces se han descubierto gracias a teorías erróneas; quizás los físicos podrían decirnos algo parecido.

Dejemos de lado esta gran cuestión y tratemos de penetrar en la mentalidad de los estudiantes en vuelo raso. ¿Qué buscan los estudiantes en la Universidad? En realidad, lo primero que se busca es el aprendizaje de una profesión; porque profesional no es sólo el médico, el ingeniero o el abogado, sino el pedagogo y el profesor y, desde luego, el investigador técnico. El primer objetivo actual de la Universidad no es la transmisión de cultura, ni la investigación, sino la formación de profesionales.

Ya sé las críticas que se hacen, sobre todo en nuestro país, a la insuficiencia con que la Universidad abastece esta necesidad. Estamos de acuerdo. La mayoría de las críticas son válidas y es necesaria una reforma lo más rápida y profunda posible, que aumente la capacidad de nuestra Universidad para formar profesionales. Pero es necesario hacer constar, que tales críticas también se dirigen contra las universidades o instituciones de alta cultura en otros países. Acabamos de exponer la opinión del almirante Rickover.

La dificultad grave es la siguiente: la ciencia está creciendo de un modo casi descomunal, cualquiera que sea el área que consideremos. Este crecimiento de conocimientos y técnicas obliga a la especialización. La Universidad, en su cuerpo enseñante, está constituida por especialistas. ¿Quién señala el nivel y caudal de conocimientos que deben formar un buen profesional? En algunas Universidades americanas, ante esta dificultad se han intentado estrechar los lazos entre las Universidades y los profesionales

---

---

mismos. Pero el profesional tiene, con demasiada frecuencia, puntos de vista demasiado limitados de acción. El estudiante, así formado, aprenderá más técnicas, pero quedará amputado su futuro. La verdadera cuestión radica en que lo que hoy se enseña pueda resultar inválido dentro de cinco, diez o veinte años. No se trata, pues, de que la Universidad sea un museo de conocimientos que se revela en los exámenes, sino de una disciplina en el pensar y también de un estilo en el obrar.

La formación de profesionales exige, por un lado, una apertura de conocimientos que rebasen el lado utilitario y técnico del aprendizaje. En esa apertura se halla el núcleo de la vida universitaria. La fuerza de la tradición es tanta, que todavía se sigue planteando el dilema de la misma manera. Harold Nicholson, en una reciente emisión de la BBC decía: "cada uno pregunta, al menos en la Gran Bretaña, si en el curso de estos cincuenta años no hemos consagrado demasiado tiempo y dinero a eso que con un término vago se llama humanidades; es decir, al estudio de los escritores clásicos, de la historia, de las lenguas y del arte... Presumo que de ahora en adelante a nuestros hijos les apartarán de los libros de historia y de literatura para ponerles sólo ante la aritmética. Esta perspectiva me llena de tristeza".

El esquema es, pues, éste: para ser un buen profesional se necesita ser hombre de cultura. La cultura la dan las Humanidades. El estudiante que ha ido a la Universidad a aprender la técnica de una profesión se encuentra, de grado o por fuerza, convertido en hombre de cultura. La operación no es fácil, sobre todo en algunas Facultades, porque el profesionalismo y el especialismo de muchas no les permite contribuir a la creación de esta atmósfera.

Si el esquema es claro, no lo es menos que actualmente está en crisis, crisis que opera en la intimidad misma de los jóvenes y cuyos perfiles quisiera mostrar. Para aprehender las fuerzas individuales e históricas en formación es necesario construir una especie de modelo o arquetipo, que nos permita ver por dónde van las fisuras que denotan la

---

---

existencia de la crisis. Este arquetipo es el intelectual. En la Universidad hay técnicos e intelectuales. Los estudiantes se intelectualizan a su paso por la Universidad, se dice.

Ahora bien, ¿quién es el intelectual? El intelectual es un testigo de las preocupaciones históricas del hombre. Es un testigo que sabe expresarlas; pero el valor del testimonio no está en su sola expresión, sino que implica una fidelidad a los hechos que analiza y a las consecuencias de sus interpretaciones. En toda interpretación hay un comienzo de acción. Lo importante no es interpretar el mundo, sino cambiarlo.

El intelectual testimonia sobre la condición humana, la cual, por estar incrustada en la historia, tiene siempre su plano de sombras. Toda consideración sobre el tiempo presente nos muestra su carácter miserable. La idea de la Edad de Oro se refiere siempre al pasado. Es un trasunto de la vida en el paraíso, antes de que el hombre se encontrase arrojado a la historia, compelido a hacer uso de su libertad. Ocurre con el hombre como colectividad como con el hombre singular. A medida que pasan los años adquiere mayor conciencia de su destino trágico, y cuando le atenaza el sufrimiento se refugia en el recuerdo de sus años infantiles. Es entonces cuando vió brillar, al menos una vez, un rayo de sol que le dió felicidad, aunque fuese de la felicidad que anida en la penumbra del inconsciente. Después, su cuerpo avejentado, grávido de vida, surcado por los fríos hilos del tiempo, que sutilmente le corroen y limitan, le hacen sentir que "cualquier tiempo pasado fué mejor".

Pero en el hombre anida la fe y la esperanza en sí mismo. Si el mundo actual está poblado de sombras y miserias, la culpa—piensa el intelectual—se halla en el propio error del mundo histórico en que se vive. Pero, ¿quién lo ha hecho así? Los que han señalado hasta ahora la ruta histórica, es decir, los que han mandado.

El intelectual es, por esencia, un rebelde. Se rebela contra la condición humana actual y, por tanto, contra los poderes que la engendraron. Como quiera que tales poderes también necesitaron de pensamiento nutricional, los que tal

---

---

proporcionaron traicionaron a su propia misión de intelectuales. Aplíquese como se quiera esta fórmula, el resultado es el mismo. Unas veces, el poder era teocrático; otras, capitalista; ahora mismo empieza, vehemente y revolucionaria, la crítica contra la democracia.

Lo cierto es que el intelectual piensa que la condición humana presente debe mejorarse. El mundo debe salvarse. El hombre siempre ha pensado en su salvación. Aún el hombre más vulgar tiene, en un momento de su vida, esa suspensión de la cotidianidad que le obliga a pensar en su destino. La vida humana no puede vivirse sin sentido. El sentido de la vida va implícito a nuestras más minúsculas acciones. Ahora se habla mucho del inconsciente; pues bien, lo que hay en lo más profundo del ser no es la cárnea vegetación de los instintos insatisfechos, sino la pálida e invisible luz que da sentido a la vida.

Si la vida pierde su sentido, el hombre no tiene por qué vivirla. La vida sin sentido es tan absurda que arrastra al suicidio. Este fué el testimonio del llorado Camus, y por eso llegó tanto a los jóvenes. "No hay—decía al comenzo del mito de Sísifo—más que un problema filosófico verdaderamente serio: es el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de ser vivida, es responder a la cuestión fundamental de la filosofía. El resto, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías, viene después. Eso son juegos; antes hace falta responder." Camus supo expresar lúcidamente—como buen mediterráneo—dónde estaba el gran secreto del hombre, aquel que la esfinge se negaba a revelar. Cuando Heidgger dice que el gran problema metafísico consiste en preguntarse por qué existe el ser y no antes la nada, alude al mismo inquietante secreto en el lenguaje más tradicional de las escuelas filosóficas.

Lo que realmente hay, por consiguiente, en el fondo del inconsciente es la trama que da sentido a la vida. Freud fué genial, pero miope. Se le escapó lo que de más humano hay en el hombre. Describió, en cambio, maravillosamente, lo que hay en él de animal y hasta de "cosa" No en

---

---

vano su vocabulario está tan plagado de "objetos". Los "objetos" del vocabulario psicoanalítico son las entrañas del hombre disecadas en un laboratorio de psicología animal. El sentido de la vida como presencia operante se ha vuelto más inseguro para el hombre contemporáneo a medida que habla más de él.

Ese arquetipo que estamos dibujando, el del intelectual, ha analizado el sentido de la vida y del mundo. El del mundo se halla en el progreso social e histórico. La salvación del mundo está en el mundo mismo. Caminamos no hacia el fin de los tiempos, sino hacia la plenitud de los tiempos. Fustigar la miseria actual acelera el proceso histórico y nos aproximará más a esa plenitud, dicen. La salvación de la miseria humana no está en otro mundo, como quieren las creencias religiosas, sino en el mundo mismo. El intelectual, como buen gnóstico, es inmanentista. El intelectual es el profeta de los tiempos nuevos. De testigo de la condición humana, se convierte en profeta. De ahí su valor histórico. Señala el camino por donde el mundo debe andar para lograr su plenitud. De ahí también su pérdida de neutralidad e imparcialidad como testigo. Ha tomado postura, se ha "enrolado".

La historia avanza, empero, a través de rutas misteriosas. Los hilos proféticos del intelectual se le escapan de las manos. La ciencia moderna es obra de la inteligencia humana; pero la ciencia moderna es operante y en su operación ha producido la técnica. Sin querer, un grave deslizamiento histórico se ha producido en favor de la técnica. La plenitud de los tiempos es la plenitud técnica. Cuando se pregunta a los hombres qué pasará en el año dos mil, la respuesta es uniforme: véase, por ejemplo, la utopía de Huxley.

Pero el mismo Huxley se ha visto obligado a escribir "Retorno al mejor de los mundos". Hay algo en este magnífico proyecto que no concuerda y que comienza a escandalizar. La técnica tiene sus peligros. El hombre trabaja más y el ocio le consume y se degrada en alcohol o en cualquier otra actividad aniquiladora. La técnica le amena-

---

---

za en la existencia misma y si el progreso en las técnicas psicológicas fuera tanto como algunos sueñan, el hombre perdería su condición humana y se convertiría en un "robot". La técnica que tantas posibilidades da al hombre también amenaza su libertad y su existencia misma.

A cualquier zona de la vida intelectual contemporánea a la que apliquemos nuestra auscultación, nos encontramos con los mismos síntomas. Cuando, partiendo de las premisas de la vida intelectual, se quiere educar a los profesionales y técnicos que acuden a la Universidad se apela a las Humanidades. Pero, ¿por qué razón han de tener las Humanidades valor formativo? Porque enseñan a contemplar el espectáculo de la grandeza humana, se dice. Viendo los grandes ejemplares históricos, la criatura humana se enorgullece de la magnitud de sus dimensiones y se exalta. Pero yo me pregunto, ¿hasta qué punto es cierta esta afirmación? ¿Es igualmente ejemplar la grandeza de Goethe que la de Gengis-Kahn? El mismo progreso de la ciencia histórica ha aniquilado muchas ejemplaridades. El humanismo es palabra que cada día resulta más sonora, pero más hueca si se limita a una reducción del hombre a sí mismo. La misma historia ha perdido su potencial magisterio desde que hemos aprendido que se escribe desde el presente, lo cual quiere decir que también en ella impera el principio de la eficacia más que el de la verdad.

Sin embargo, la noble lucha que se mantiene en defensa de las Humanidades como método de la formación universitaria tiene su fundamento. Aprender la propia historia, descubrir en el lenguaje el hogar del ser y tantas otras cosas es acercarse a las raíces del hombre. Lo que ocurre es que secularizar al hombre, pretender amputarle las dimensiones religiosas, es arrancar las propias raíces de la existencia humana. El positivismo, que al principio se mostró tan fructífero, hoy aparece como agostador. Ha querido que creamos en la grandeza de César y no en la divinidad de Jesucristo. Y lo cierto es que en los momentos más silenciosos de nuestra existencia, necesitamos creer más en ésta que en aquélla.

En resumen, el intelectual, como testigo de la condi-

---

---

ción humana y como profeta del devenir histórico, se halla en crisis. Toda crisis es negativa y positiva. Algo muere y algo nuevo nace; es erróneo creer que la crisis es una operación que cursa sólo en pérdida. Las crisis son creadoras de estilos nuevos. En las crisis se opera una mutación de valores que ilumina con nueva luz la superficie histórica que nace.

El intelectual es—en la vida histórica—un fermento, más quizás que el político. No hay crisis intelectual que no sea trasunto y repercuta, al mismo tiempo, sobre el curso de la historia. El auténtico intelectual siempre se halla enrolado en su tiempo, aun cuando quiera evadirse de él, por impotencia para interpretarlo o para cambiarlo.

La crisis intelectual repercute de un modo peculiar sobre la juventud. Por sus propias características la juventud es el sismógrafo más fino para detectar los epicentros de las convulsiones históricas, precisamente porque el joven tiene que realizar la dolorosa operación de lograr su unidad personal al mismo tiempo que la unidad constitutiva en la visión del mundo. Tan importante es este proceso que en los pueblos primitivos se atravesaba tal crisis mediante ritos iniciativos, que permitan lograr más fácilmente ese transbordo del mundo de la niñez al mundo de los adultos. La juventud es una edad esencialmente metafísica. El ser humano atraviesa varias fases metafísicas en su desarrollo: una de ellas, la más importante quizás, se halla en la adolescencia.

Si el sismógrafo juvenil es muy fino para detectar las crisis intelectuales, todavía lo es más si ese joven es, además, estudiante. Entonces se encuentra, sin querer, inmerso en el epicentro de la crisis misma. ¿Qué piensan, qué sienten, los estudiantes de hoy? He aquí una primera ambigüedad en la pregunta. Porque yo diría que la situación espiritual de los estudiantes se halla mejor definida por un sentimiento que por una idea. Ya esto es un comienzo de precisión, aunque la palabra sentimiento, por demasiado coloquial, sea una expresión insuficiente. Más que de un sentimiento se trata de un estado de ánimo. Y ¿qué es un es-

---

---

tado de ánimo, sino un modo de encontrarse en el mundo, simplemente un modo de estar? ¿Cómo *están* los estudiantes?

Antes de avanzar en el análisis, conviene una precisión. Las fórmulas generales son siempre peligrosas. Hablando de este tema con mis alumnos de Psicología de la Facultad de Medicina aparecía claro que, aun dentro de un denominador general, podríamos delimitar varias áreas de estudiantes. Una, muy concreta y definida, comprende los estudiantes de los países que tomaron parte en la guerra última. En ellos, la conciencia de crisis es hiriente. Otra área comprende a los que pertenecen a países que ahora se llama "subdesarrollados": en ellos está surgiendo una nueva conciencia nacional que les envuelve en una ola romántica. Claro es que el objetivo es lograr el nivel histórico que tienen los pueblos que mandan en el mundo. La función de mandar en el mundo no depende de los ejércitos, sino de la facultad de imprimir rumbo a la historia. La guerra es una forma de política. Otra tercer área, comprende a los estudiantes españoles. España ocupa, por fortuna o por desgracia, una posición singular en muchos de los problemas que atenazan al mundo contemporáneo.

Como los caracteres de la crisis son más evidentes en la primera área, a ellos especialmente he de referirme. La situación de ánimo que los caracteriza ha sido calificada de diversas maneras. Schelsky hable de la "generación escéptica". Otros hablan de "understatement", que consiste en "to tone down or to make too little of something". A diferencia de los colores vivos y de la sonoridad chillona de las juventudes románticas, ésta es una juventud con sordina. La existencia, tan cacareada, de los "teddy-boys", parece que está en contradicción con esta afirmación. No hay tal. El "teddy-boy" surge del mismo estado de ánimo. Es una melodía distinta que tiene la misma estructura tonal de fondo.

¿Cuál es este tono sentimental de fondo? Quizás, en medio del vigor de los cuerpos que crecen, de los instintos que ascienden pujantes de nivel en la consagración corporal del

---

---

joven, se haya inyectado unas gotas de tedio, de angustia, de desesperanza. El fluir de la historia que parecía llevar, incontinentemente, a la felicidad del hombre en este mundo en un porvenir próximo, ha dejado de tener seguro su curso. Le ha ocurrido lo que al individuo, en una de las formas más puras del pensamiento gnóstico moderno: el psicoanálisis. Según él, la infelicidad del hombre proviene de la represión de sus fuerzas vitales, especialmente las libidinosas. El corolario de esta tesis consiste en anular las represiones y llenar de luz las oscuridades del inconsciente. O sea, a medida que se es más consciente, se es más feliz. ¿No está esto en contradicción con la experiencia cotidiana? ¿No es más verdad que el ascenso a la conciencia es muchas veces la perpetuación de un malestar y de un sufrimiento? La economía del hombre se monta sobre un proceso dialéctico que recuerda el principio de la enantodromia del viejo Heráclito: "Todo camina hacia su contrario". La inflación de la conciencia necesita compensarse con una deflación, porque, de lo contrario, tal inflación lleva a la angustia.

La estructura del mundo no es tan racional como querían los pensadores de la Ilustración. La física actual se mueve en las fronteras de la irracionalidad. La estructura del hombre tampoco lo es; el ser humano es mucho más complejo de lo que toda la matemática no euclidiana puede sospechar. En aras de ese morboso progresismo del que se ha alimentado la más reciente historia de Occidente se ha pensado que el día en que se avance en las ciencias del hombre lo mismo que se ha avanzado en las ciencias de la naturaleza, desaparecerá la crisis actual. Pero—esta es la gran verdad, el nuevo evangelio—tal avance es imposible. Se avanzará, ¡quién lo duda!, en las ciencias del hombre, *pero no del mismo modo* que en las ciencias de la naturaleza. Pretender otra cosa es destruir al hombre. El conocer operativo que es el secreto de la técnica aplicada al hombre no profundiza nuestro saber, sino que deforma y aniquila al ser mismo del hombre.

El hombre ha llegado al presentimiento de este peligro: de ahí su angustia, que es el estado de ánimo que se apode-

---

---

ra de él cuando se enfrenta con cualquiera de las formas de la nada. En este caso la nada histórica. La nada se halla siempre en torno nuestro, cubierta con una especie de velo de Maya. En la vida cotidiana ese velo no se arranca ni hiende más que excepcionalmente. El mismo fluir de la acción evita su rotura. Pero no ocurre así en los momentos de crisis "El mundo mejor ha de estar en nosotros mismos", piensan los jóvenes. Por eso hay una vuelta a una serie de virtudes primarias del ser cuya presencia había sido arrebatada últimamente.

Existe en la juventud una rebeldía difusa que afecta a la forma misma del vivir. Es como si Adán, después de una caminata de milenios, quisiera volver a empezar en una forma de vida paradisíaca. Quizás se esconda una raíz de debilidad neurótica en esa apetencia por la vuelta al Paraíso. El neurótico, múltiple e implacablemente herido en su navegación por la vida, anhela el retorno a la niñez o quizás a formas embrionarias de vida, en las que no habría tal caminar, sino un permanecer continuamente irradiado por un sol de ternura.

Ternura. Frente al pintoresco desgarró romántico, al borde de la inautenticidad, el joven actual es más tierno. La ternura consiste en una inmersión en la corriente de los propios sentimientos, gozando más en esa inmersión, que en su proyección en manotazos caricaturescos hacia afuera. La misma afición a la música del jazz revela idéntico estado de ánimo. En el jazz, la figura melódica se desfigura y pierde valencia frente a la melodía de fondo que expresa el verdadero tono sentimental. Sobre este fondo puro, auténtico, próximo al ser, puede volar la fantasía creadora.

También en el plano intelectual quieren los estudiantes una mayor autenticidad. Yo creo que la misión del profesor ha cambiado. La mutación es radical. Antes—incluso cuando yo era joven estudiante—el profesor *explicaba* unos conocimientos: la coerción de los exámenes nos obligaba a aprender. Todavía queda esa mecánica en la labor docente. Una parte de ella es imprescindible. Pero ya antes lo he dicho: los conocimientos que ahora enseñamos vivirán lo que dura una generación o ya serán otros. La aceleración

---

---

de la historia impone aquí su ritmo. Con tristeza, veo envejecer rápidamente los libros que llenan los anaqueles de mi biblioteca. Más de una vez me siento tentado de expurgar muchos de ellos, por inválidos. Cuando yo era estudiante, me aconsejaban que comenzara a constituir mi biblioteca. Pues bien, ¿cuántos libros de aquellos tiempos tienen ahora otra validez que la de la pequeña y desechable historia?

Por eso ha de cambiar la misma estructura de la institución universitaria, si quiere mantenerse al nivel de los tiempos. La Universidad ha de ser fuente creadora de saber: transmitir una cultura es insuficiente. El saber que se cultive ha de ser operante y apelativo. El profesor que desde su Sinaí lanza sus rayos sapienciales es ya una figura desueta. Los estudiantes quieren al profesor más próximo, quieren ver en él al hombre que se debate en busca de la verdad, en la parcela que le corresponda. Por eso, el profesor es insustituible, por buenas que sean las bibliotecas, por excelentes que sean ciertos magnetofones, por seductoras que parezcan las perspectivas de la televisión aplicadas a la enseñanza. El debate es con la verdad y con la vida, puesto que el profesor no es un erudito, sino alguien que vive la vida humana en la ciencia, con toda su grandeza, pero con clara conciencia de su insuficiencia.

Si yo quisiera contraponer una figura a la del intelectual sería la del universitario. En éste, la preocupación no es por la condición humana, sino por el hombre mismo. Hay un hálito de eternidad en ese cambio de horizonte. La condición del hombre depende de lo que él piense de mí mismo. El universitario busca la verdad. La búsqueda de la verdad es el motor de la historia. La raíz de la vida universitaria no está en el mucho conocer, sino en el saber esencial. Claro que es necesario el mucho conocer para llegar a saber, como es necesario vivir mucho para tener experiencia de la vida. El saber del hombre no puede reducirse a cifra. El conocimiento puede desembocar en una gigantesca figura cibernética, pero no el saber.

El estudiante, lo he dicho al principio, busca aprender en la Universidad una profesión. En otros tiempos se pensó —en virtud de la eficacia del principio de la especializa-

---

---

ción—que convenía distribuir las instituciones de alta cultura en investigadoras, educadoras y profesionales. En todo lo que se ha pensado o hecho hay siempre un adarme de verdad; pero la fórmula para los tiempos nuevos no puede consistir en alejar, más y más, los profesionales del ambiente universitario. El profesional que es técnico puro está siempre al borde de la inmoralidad, porque la técnica ha de estar siempre al servicio del hombre. Lo necesario es, por el contrario, que el aprendizaje de la profesión esté infiltrado de un auténtico saber universitario del tiempo presente. Hay que evitar la anarquía en la enseñanza. La Universidad ha de obrar como un organismo vivo y no como un ser en descomposición, donde cada parte vive su malhadada vida.

Autenticidad, pureza, apertura a la verdad, sentido humano. La apertura a lo hondo del hombre siempre es una apelación a su libertad. En lo más secreto de la existencia humana hay estos dos problemas: el de la fidelidad y el de la libertad. Por la fidelidad, el hombre permanece uno a través de los cambios que la edad y las circunstancias le imponen. Por la libertad, asegura que es hombre. La libertad es lo que concede sentido a la vida, el cual puede encontrarse cualquiera que sea la condición temporal en que está inmerso. Cada colectividad, cada individuo, tiene sus formas peculiares de fidelidad y de libertad. Lo que yo pediría a los estudiantes españoles, en este momento, es que eleven el tono de esa autenticidad que sienten como un anhelo en el fondo de su ser. Entendamos bien: autenticidad quiere decir que crean en su propia capacidad de ser *autores*; que no se contenten, como muchas de las generaciones de intelectuales que nos precedieron, en el triste papel de *imitadores*. Si es verdad que el intelectual está en crisis, en el mundo ¿por qué no buscar en nosotros mismos las nuevas verdades que, como en una aurora histórica, han de salir de la crisis? ¿Por qué imitar, sin tino, y querer importar lo que ocurre en horizontes entenebrecidos? Pido autenticidad, no adhesión a modelos mostrencos y periclitados. Sobra vigor a la juventud española para poderlo dar; por lo menos, esa esperanza sí que la tengo.

---



Depósito Legal: M. 6.162 - RUAN